

Abundantes palabras de Laín, a lo largo del libro y en años anteriores a éste, impiden resumir su sentido final en una especie de neutral meditación humanitaria, aunque su preocupación por los derechos humanos sea una de sus bases permanentes. No creo que fuese el conjunto de crímenes, al fin reconocido, el que le separara del franquismo, aun cuando actuase de poderoso coadyuvante para inducirle a ello. Al llegar a ser sabedor de esta sangre resuelve mantenerse personalmente limpio de ella, pero no deja su actividad política dentro del campo en que se vertió; cuando rompe al fin con éste, presta apoyo ocasional a otras causas tampoco libres de asesinatos. Para comprender mejor estos aspectos, recordemos lo que dice en la «epicrisis» del capítulo IV. Son palabras dirigidas a sí mismo por su *alter ego* «el Juez»:

Ante una situación en que ejecutivamente se decidía acerca de una existencia humana, tu conciencia vivió su propia, personal responsabilidad, y supo salir de la prueba con seriedad y decoro. Con decoro, porque decidiste no mancharte las manos y proceder siempre, con la acción o con la pluma, en defensa de la vida y la integridad de los hombres (...) Con seriedad, porque tu resolución no fue el apartamiento aséptico, la huida a la hipotética pureza de una torre de marfil, sino la permanencia en la misma realidad que te había hecho sentirte responsable. Es cierto que el verdadero decoro consiste en no mancharse las manos; pero a condición de que el recurso para lograr su limpieza no sea meterlas en los bolsillos. Aunque el barro de la realidad hiera y manche, sólo afrontando ese doble riesgo se es de veras limpio.

Aluden los anteriores párrafos al penosísimo trance, relatado en el capítulo que los precede, de tener que presenciar, uniformado, el fusilamiento de un detenido, y al angustiado examen de conciencia que, guarecido en iglesia próxima, hubo de hacer. Se preguntó entonces, sin osar responderse, si habría él disparado, de formar —lo que estuvo cerca de suceder— en el pelotón de ejecución. En adelante pondrá su mayor cuidado en alejarse de toda actuación cruenta y ello le permitirá decir en el libro, sin alarde pero con indisimulable satisfacción, al referirse a su instrucción en el campo de Paterna: «Entrenamiento en el cual yo disparé los únicos tiros de mi vida...»

Esto le diferencia de otros que sí dispararon, y no ya en la dura obligación de la acción militar, sino en la tenebrosidad de las «acciones de limpieza». Es, pues, una diferencia por la que se puede sentir orgullo. Pero él sabía bien que la responsabilidad por los horrores que a su alrededor sucedían le alcanzaba en alguna medida, si seguía adherido a la causa que los hizo posibles. De ahí, esa contradicción que no dejará de «pincharle moralmente» y que para tantos ha sido y es de solución difícil. Pues resolverla metiéndose las manos en los bolsillos no es, en efecto, solución, sino inhibición. Habrá, por consiguiente, de atravesar guerra y postguerra sin mancharse directamente, mas sin dejar de servir a la política elegida con la ilusión —decreciente— de que, a fuerza de acopiar actuaciones intachables, quizá un día se vuelva limpia la causa que tan suciamente comenzó. En suma: o se retira uno a la aséptica torre de marfil —que en el cataclismo de nuestra guerra equivaldría a la huida al extranjero de otros— o hay que permanecer y trabajar en la patria, en el uno o en el otro bando y a despecho de los crímenes, ya que en ella es donde mucha otra sangre generosa está ventilando el porvenir.²

² *Que la tranquilidad de no haber disparado contra nadie no basta para pacificar una conciencia, el libro entero lo demuestra. Pero, aun no habiendo sido ejecutores personales, el crimen de los demás es también*

Soportar esta perpleja lucha interior sin dimitir de la actuación es, creo, lo realmente ejemplar. Lo «de veras limpio», según las palabras de Laín. Pero, antes de planteárnoslo unos y otros con rigor intelectual, nos indujo, en la década del 36, a justificaciones inconsistentes. Y la primera, tantas veces invocada —¡hasta hoy mismo!— en las filas a que perteneció Laín, es aquella de que los «rojos» eran los más criminales. Una falacia que hombres como nuestro escritor no podían creer de buena fe indefinidamente. Y aunque —como alguien ha apuntado— el problema no puede reducirse a una confrontación aritmética, no está de más recordar hoy que el mito de un bando de caballeros en lucha contra asesinos vulgares, orquestado por los vencedores hasta nuestros días gracias al silencio forzoso de los vencidos, no ha resistido la prueba documental ni siquiera aritméticamente, y no digamos ya si se tiene en cuenta la represión posterior a la victoria. Humano era que Laín se acogiese al principio a ese endeble disculpa cuantitativa, pero su clara inteligencia no podía dejar de percatarse, con el tiempo, de su mendacidad. Con parquedad, *Descargo...* dice de ello lo bastante. Tras enterarse del asesinato de su suegro en Sevilla se recuerda Laín «más y más forzado a considerar que “los otros” habían hecho, a este respecto, tanto o más que “los míos”». Y aclara en nota al pie: «Sí, pero entre los otros siempre hubo alguna voz denunciadora. La voz que ni durante la guerra civil, ni después de ella, ha sonado públicamente en las filas “nacionales”. Retornará este tema.» Esa puntualización ante el siempre impreciso problema aritmético es valiosa: denota ya, en el ánimo del escritor, un balance de actitudes políticas que, en cuanto a la posición ante los crímenes, bascula a favor de *la política republicana*. Y que el mito «aritmético» tampoco le engañaría indefinidamente, lo ha acreditado, pocas páginas antes, al decir: «¿... no están haciendo “los otros” exactamente lo mismo que éstos, y acaso —creía ingenuamente yo— en mayor medida y de más cruel modo?» Es en el presente cuando nos refiere *su pasada ingenuidad*; ha quedado, pues, para él más que dudosa al fin la mayor suma de crímenes y de crueldad imputada a la zona republicana.

el nuestro. Y nadie que haya vivido la espantosa tragedia española puede dejar de pensar en lo cerca que pudo hallarse de verse forzado a obedecer órdenes terminantes, o incluso de cumplir, por fanatismo, el «deber político» de matar a seres indefensos. Si Laín escapó a estas infamias, se me permitirá en esta nota declarar que yo también escapé de ellas. No llegamos a tener «las manos sucias», pero quizá no podamos envanecernos de que ello se deba a nuestra integridad moral y no, al menos en parte, al azar que las mantuvo limpias, lo cual no excusa totalmente del crimen general. Esa zozobra irremediable es una de las causas que, decenios más tarde, origina libros como «Descargo...», o bien atormentadas obras de teatro donde el problema del crimen ligado a casi toda acción política se plantea doloridamente. Es el problema de la insuficiencia moral del comportamiento individual sin tacha, desde el momento en que no nos resignamos a la parálisis histórica y a la injusticia social. Y si, por encontrarlo asimismo inaceptable moralmente, el repudio de toda acción personal violenta no nos lleva al de toda acción política, una y otra vez hallaremos tan frecuentemente segregada por ésta la atrocidad criminal, que no podremos dejar de preguntarnos si no será en el fondo más despreciable aún nuestra privilegiada limpieza de lo que lo son quienes entretanto se ensucian las manos. En esta quizá insoluble contradicción no cabe, sin embargo, otra cosa que optar por la limpieza y propagarla cuanto nos sea posible, sin abandonar la acción y por horribles que sean las circunstancias que nos cerquen. Si no podemos —todavía— suprimir las guerras, humanicémoslas lo más que podamos, aunque esto de humanizar guerras se preste tan justamente al comentario irónico. Si no es posible —aún— suprimir la violencia histórica, aclaremos que ésta consiste en la violentación de instituciones y estructuras sociales dañinas parapetadas tras su propia violencia, o en la modificación drástica de un ordenamiento jurídico injusto que se niega a desaparecer; pero que no debe consistir en la victimación de hombres indefensos. Todo un programa utópico, cierto; pero la más ingenua utopía puede llegar a realizarse si la asumimos tenazmente.

A estas primeras reflexiones de apariencia humanística se han incorporado ya, por consiguiente, consideraciones políticas. Se recordará que esa era, a mi juicio, la lectura más significativa que podía hacerse de este libro. En él se refleja una revisión del ideario político, motivada por sus fallas intrínsecas y no sólo por los desmanes que a su amparo se cometieran. Y es desde esas fallas desde las que éstos van siendo, más o menos tácitamente, sopesados.

La progresiva autorrevelación que el libro describe al respecto descarta el suponer a Laín mero «hombre de derechas». Si su autor no fuese más que eso, *Descargo...* habría sido, *a lo sumo*, «humanista», y carecería del aire procesal que lo avalora. Es posible que, en los años de su juventud, se pudiera considerar a su autor «de derechas». De esa inicial inclinación el propio escritor ha dicho algo al rememorar juveniles deficiencias:

Adolescencia tardía, patente ingenuidad, «culturalismo» excesivo, *mínima consideración del esencial ingrediente socioeconómico de la vida*, incapacidad para advertir que, tal y como realmente estaba planteada y conducida, nuestra guerra civil había de llevar por fuerza a una situación muy distinta de esa soñada «asunción superadora...»

El subrayado es mío y apunta al hecho de que tales deficiencias eran, fundamentalmente, características de numerosos jóvenes que, mal dispuestos a entender los desequilibrios socioeconómicos españoles, quisieron ver en el falangismo, o en otras supuestas panaceas políticas de tendencia conservadora, una ilusoria superación de los conflictos de clases y de la dicotomía derecha-izquierda, sin querer reparar en que la plataforma social derechista seguía sustentando sus actividades políticas. Aunque sea tardía, la capacidad de reconocer esto es la que saca a cualquiera del marco derechista; con la anteriormente transcrita y con otras autocríticas, Laín confirma su no pertenencia al mismo. Al comentar la cobardía de algunos sevillanos antes del ya mentado asesinato de su suegro —un correcto ciudadano sin otro «delito» que el de ser miembro de Acción Republicana—, nos dirá:

... esos dos amigos de mi suegro (...) comenzaron a enseñarme en vivo algo que más tarde tantas y tantas veces había de ver yo: la incapacidad de nuestra derecha para la denuncia de cualquier fechoría cometida en aras del que ella considera «su orden». Aunque en ocasiones ese derechismo se haya tácticamente disfrazado de «vida piadosa», de «tradicionalismo» o de «falangismo».

Y todavía, en otro pasaje del libro, con insistencia que revela su obsesión por el tema cuyo retorno ha anunciado:

... La al parecer invencible incapacidad de la derecha española para hacer pública y dolorida confesión de sus propias faltas. Azaña y Prieto denunciaron los crímenes de la España «roja»; en la España «nacional» no hubo actitudes equiparables a las suyas.

¿No es suficiente? Pues aún resaltaré su discrepancia de la derecha, cuando en la nota 14 de la página 210, comenta al «redicho y engolado ensayete» que publicara durante la guerra en el primer número de *Jerarquía*:

Con retórica litúrgico-falangista, lo titulé «Sermón de la tarea nueva», y en él recogí algunas ideas de mi anterior etapa valenciana en torno a los deberes del intelectual cristiano. Una parte de lo que allí digo, lo sustancial, lo suscribiría hoy, aunque de otro modo escrito. Otra parte la encuentro a la vez *derechista y fascista*. (Subrayado mío.)